

Contemplatio Veri in simplicitate cordis

Dios vive conociendo su propia esencia, y conociéndose a Sí mismo, ama su conocimiento, y ese acto único e idéntico de conocer y amar es simultáneamente su felicidad esencial. En este acto simplicísimo radica la vida *ad intra* de Dios Trino. El hombre, criatura racional e inteligente, que es la imagen impresa en la creación visible más semejante a su Creador, vive su verdadera vida, conociendo, viendo, a su Creador y Dios; y siendo Este su único y supremo Fin, tiene razón de Bien, que atrae, por tanto, su adhesión y amor. Este conocimiento amoroso constituye su felicidad indeficiente y su vida activa y perfecta.

Ese conocimiento es una *visio* o *contemplatio* de su objeto sumo, y en El conoce comprensivamente los seres que no son Dios. Contemplando a Dios con mirada directa e inmediata, intuitiva, la inteligencia creada contempla la Verdad, Principio y razón ejemplar de todos los seres, distintos de Dios. Cuanto más se asemeja el sujeto cognoscente al objeto de su contemplación por cierta *connaturalitas* con él, más se une a su objeto, y con mayor fruición propia lo posee, dando a su vida intrínseca y esencial toda la actividad y perfección posibles.

La *contemplatio Veri* prerequiere, pues, una adaptación a la Verdad esencial en el sujeto cognoscente por una virtud o disposición habitual, que perfecciona y eleva la potencia intelectual y la mirada afectiva del espíritu por semejanza y analogía en el ser y en el obrar. A esa *connaturalitas* con la